



ASTROMUJOFF

El abuso de la mayoría absoluta

**MICHAVILA
ENCABEZA las
broncas contra todo
juez que discrepe con
la Moncloa, y TVE se
supera cada día
manipulando la
información**

JOAQUÍN ALMUNIA - 03:16 horas - 22/08/2003

El trágico caso de David Kelly ocupa las primeras páginas de todos los periódicos. Los hechos son conocidos: la BBC aseguró que el director de comunicación de Tony Blair había obligado a modificar un informe de los servicios de inteligencia, para poner énfasis en el riesgo de que Saddam Hussein

hiciese uso de sus armas de destrucción masiva "en cuarenta y cinco minutos". En el fragor del conflicto generado entre Downing Street y la emisora estatal, surgió el nombre de quien, al parecer, había advertido al periodista de las maniobras gubernamentales. Se trataba de un científico al servicio del Ministerio de Defensa británico, experto reconocido en la materia y buen conocedor, como inspector, de la situación real del armamento iraquí. Inmediatamente se pusieron en marcha dos comisiones de investigación parlamentarias. Días después de que hubiese comparecido ante una de ellas, el cuerpo sin vida de Kelly fue localizado en las cercanías de su casa con las venas cortadas. A la vista del cariz que tomaban los acontecimientos, Blair se vio obligado a nombrar a un magistrado de reconocido prestigio, el juez Hutton, al que encargó una completa investigación de lo ocurrido. El propio Blair, su director de comunicación, el ministro de Defensa, las máximas autoridades de la BBC y otros muchos testigos deben comparecer ante él, y todos —empezando por el primer ministro— se habrán de someter a su veredicto inapelable.

Es decir: la aplastante mayoría laborista en la Cámara de los Comunes no sirve de escudo para blindarse ante las responsabilidades en que hayan podido incurrir algunos de sus miembros; los medios públicos no actúan como apéndices del Ejecutivo para transmitir sus consignas y acallar o denigrar a los que discrepen de ellas; los jueces, pese a que allí son nombrados por el Ejecutivo, ejercen su labor con rabiosa independencia, sin someterse a la vigilancia o tutela de los cancerberos de la ortodoxia gubernativa. Es más, no todos los miembros de la oposición se ven en la obligación de disentir por sistema de las decisiones del Gobierno, muchos diputados laboristas critican, a veces con dureza, los errores que aquél comete sin quebrar su lealtad para con Blair; e incluso hay periodistas de la BBC que no se dedican a defender contra viento y marea a sus colegas.

La democracia británica demuestra así una vez más su solera y su vigor. El juez Hutton hará lo posible por esclarecer la verdad de lo sucedido, aunque ello pueda no ser agradable para el Gobierno que le ha nombrado. La credibilidad de la BBC se mantendrá en niveles altísimos. Los servicios de inteligencia, cuyo máximo responsable ha anunciado entre tanto que se dispone a dejar su cargo, saldrán reforzados, pues los miembros del Ejecutivo se lo pensarán dos veces, a partir de ahora, antes de intentar utilizar una institución de esa naturaleza para sus intereses partidistas. Y es muy posible que a medida que avanza la investigación se depuren una serie de responsabilidades políticas; ya hay quien da por hecha al menos la dimisión de Alastair Campbell, director de Comunicación de Downing Street y uno de los hombres de máxima confianza de Blair.

Habiendo seguido este proceso desde Inglaterra, no resisto la tentación de establecer alguna comparación –por odiosa que resulte– con la manera en que el Gobierno español responde frente a otros hechos acaecidos en estas mismas semanas, y que también guardan relación con la guerra de Iraq. Ante la falsedad de los argumentos con los que Aznar nos metió en ese conflicto, la participación de nuestras tropas en él, o la evidencia de que se ha querido utilizar a las fuerzas armadas al servicio de los intereses particulares del Gobierno, falta aquí un talante democrático similar al exhibido por los políticos británicos. No existe el menor parecido entre el contenido y el tono de las intervenciones públicas de Blair y la altanería o el desdén con el que Aznar contesta a la oposición o a la prensa cuando le preguntan sobre éstos y otros asuntos delicados. El Parlamento español está atado de pies y manos para investigar o debatir sobre ellos. El fiscal general es el más disciplinado de los acólitos del PP. El ministro de Justicia encabeza las broncas contra todo juez o tribunal que se atreva a discrepar de la Moncloa. Y TVE se supera cada día manipulando la información. Es posible que, a consecuencia de Iraq y del caso Kelly, Blair haya iniciado un declive imparable, que le puede llevar incluso a la derrota en el 2005. Pero ha dado la cara con dignidad, aun a riesgo de que se la partan. Mientras que aquí, Aznar se dispone a hacer las maletas y a abandonar la Moncloa en marzo próximo sin rendir cuentas ante nadie. Pero más allá de las consecuencias personales y políticas de uno y otro comportamiento, lo más relevante es que los riesgos que Blair asume fortalecen la democracia; mientras que el ventajismo de que hace gala el Gobierno del PP está haciendo mucho daño a nuestro sistema democrático.

J. ALMUNIA, diputado del PSOE